

ñez, D. Gerónimo Lorenzo, D. Antonio Luceño; las atentas observaciones de nuestros amigos D. Ramon Ruiz, D. Francisco Gonzalez Delgado, D. Mariano Delamo, así como las de otros que citaremos, han contribuido señaladamente á completar en lo posible nuestro trabajo, penoso por demás, atendiendo á los numerosos manuscritos é impresos que nos ha sido preciso consultar para llevarlo á cabo.

Pero nos ha movido á la publicacion que presentamos á nuestros compañeros, la idea de la corta utilidad que reportarán los aspirantes al doctorado en farmacia del estudio de la historia y bibliografía de las ciencias médicas, tal como se prescribe en el artículo 38 del plan general de estudios de 17 de Setiembre de 1845, al paso que les será interesante el conocimiento de los adelantos que ha hecho su ciencia, de la cual pudiéramos decir, si no temiéramos incurrir en la nota de exagerados panegiristas, que habia ofrecido á la Europa el tipo de las sociedades científicas en sus colegios de farmacéuticos, notables ya á principios del siglo xvi. Nos ha impulsado tambien á dar á luz este incorrecto trabajo, el deseo de que la farmacia pueda presentar su gloriosa historia al lado de la de otras profesiones que hace tiempo la tienen recopilada.»

Al mismo tiempo que esto se imprimia en Madrid, y sin que nosotros tuviéramos conocimiento de ello, publicaba en Amberes Mr. Cap, erudito farmacéutico francés (1) la *Historia farmacéutica* de los tiempos primitivos, la cual daba principio en los términos que siguen:

«Hace ya algunos algunos años que admirado del corto número de documentos que poseemos sobre la Historia de la farmacia, preguntábamos si esta rama de las ciencias médicas estaria desprovista del interés que inspiran generalmente el origen y los progresos de cada uno de los conocimientos humanos. Los resultados científicos solos, decíamos (2), no componen el dominio de una ciencia: á veces es preciso para el filósofo estudiar las circunstancias que acompañaron á la aparicion de un descubrimiento, y siempre es útil conocer, á fin de evitarlos, los errores, las tentativas infructuosas de los que nos han precedido en la carrera que recorreremos. La farmacia es acaso el único ramo del árbol enciclopédico que todavía no ha tenido su historiador, y sin embargo no puede ser considerado como un estudio vano el de los cambios que el tiempo ha hecho experimentar, ya á la teoría, ya á la práctica de una ciencia tan útil, ni el de las circunstancias que han favorecido ó retardado sus perfecciones. Aun cuando un trabajo semejante debiera servir poco directamente á los progresos científicos, produciria no obstante un resultado honorable y cierto, el de escitar la emulacion de los jóvenes

(1) *Journal de Pharmacie*, t. 3.º

(2) *Journal de Pharmacie* de Paris, t. XXII, pág. 362.

adeptos por la relacion de los trabajos de sus antepasados, y el dirigir su reconocimiento hácia la memoria de los hombres, cuya aplicacion y cuyo génio han preparado la carrera que ellos se disponen á emprender.

»La Historia de la farmacia está unida, como la de todas las ciencias, á la historia de la civilizacion y de los progresos del espíritu humano; pero se refiere mas especialmente á la de la medicina, de la filosofía, de la química, de la física y de las diferentes ramas de la historia natural. Bastaria, pues, en la apariencia para seguir en sus principales fases los desenvolvimientos de la ciencia farmacéutica, sustraer de cada una de las otras que acabamos de nombrar todos los hechos que se refieren al descubrimiento ó á la preparacion de medicamentos; pero de este modo no se obtendrá mas que una tabla cronológica, bastante desprovista de interés, y no es así como hemos concebido la ejecucion de esta obra importante. Creemos que la Historia de la farmacia no solo debiera contener los hechos mas sobresalientes que componen los fastos de esta ciencia, sino indicar su origen, su enlace con los que los han precedido ó seguido, recordar las circunstancias que los han hecho nacer, y esponer los principales resultados de su descubrimiento: deberia trazar la vida de los hombres que la han enriquecido con sus trabajos, citar los escritos que forman su patrimonio literario, analizarlos con imparcialidad, criticarlos con prudencia y sagacidad. Recordaria los servicios que ha hecho la farmacia á las ciencias, á las artes, á la industria, y aproximando la cronología de los hechos particulares que le conciernen á los hechos que componen la historia general del mundo, manifestaria por qué marcha nuestra ciencia ha llegado al punto de perfeccion que le caracteriza en nuestros dias, y la parte que los farmacéuticos han tomado en los progresos de los conocimientos y de la civilizacion de diversas épocas.

«El mejor medio de guiar al espíritu investigador y á la memoria al través de una larga sucesion de años ó de una série estensa de hechos históricos, consiste en dividir el tiempo en cierto número de períodos ó de épocas, primeros apoyos destinados á marcar el camino y á proporcionar algunos puntos de reposo en el curso de la relacion. Cada época tiene ordinariamente por límite ó por carácter principal un hecho importante, un acontecimiento notable para la ciencia de que se trata, y alrededor del cual vienen á agruparse todos los que se han verificado en el mismo intervalo. Si se quiere dar á la narracion mas interés, variedad, y facilitar un estudio muchas veces árduo y laborioso, es preciso subdividir cada época y poner al frente de cada subdivision el nombre de una de las personas que han figurado con mas honor en los fastos de la ciencia mientras la duracion del mismo período. Y á aquel hombre se refieren, no solo los acontecimientos científicos de su vida, sus trabajos, sus descubrimientos, su doctrina, sino tambien los descubrimientos y los hechos debidos á su influencia y á su escuela; en una

palabra, aquellos que han precedido ó seguido á su aparicion y aquellos de los cuales fué el mismo la consecuencia, la ocasion ó el móvil.»

Hace en seguida Mr. Cap la division de la Historia farmacéutica en seis épocas, division é ideas que nosotros vamos á adoptar, autorizados competentemente por el mismo con las modificaciones que exigen los datos que poseemos, es á saber: la primera época ha de dar principio en los tiempos mas remotos, cuando comenzaron los primeros ensayos sobre los medicamentos, como unos 1500 años antes de Jesucristo, ó mas si se atiende á las crónicas de los chinos. Esta primera época terminará con el nacimiento de Hipócrates, hácia el año 460 antes de Jesucristo. Comprenderá los tiempos que se llaman fabulosos ó heróicos. Y como todos los acontecimientos de este período se hallan rodeados de oscuridad y de duda, solo habrán de referirse en él tradiciones vagas y confusas, como las de la historia general del mismo tiempo; por consiguiente, ningun hecho considerable que sea de citar, ningun personaje real que pintar, ninguna doctrina que esponer. Lo que se diga de Isis y de Osiris entre los egipcios, de Melampo, de Chiron, de Esculapio entre los griegos, de Machaon, de Podalirio, de Salomon, de Aristóteles y aun de Herófilo, contemporáneos de Tales y de Pitágoras, todo se resentirá de la incertidumbre de los datos históricos de aquellos tiempos y ofrecerá mas bien el interés poético de la fábula que la enseñanza seria y positiva de una historia científica.

La época segunda principiando con Hipócrates dará fin con Galeno; contendrá la Historia de la farmacia entre los persas y los griegos desde Dario hasta Mitrídates, y entre los romanos hasta Marco Aurelio hácia los últimos años del segundo siglo de nuestra era. Hipócrates, Aristóteles, Teofrasto, Nicandro, Asclepiades, Celso, Plinio, Dioscórides, Andrómaco, Areteo y Galeno, tales son los nombres célebres con que se han de enriquecer los fastos de nuestra ciencia y á los que se referirán las principales consideraciones de tan importante período; porque ya la reunion de los conocimientos médicos habia tomado en la escuela de Cos la forma de una verdadera doctrina, y á ese punto notable se remonta el movimiento, despues progresivo, de todas las ciencias que reposan en la observacion de la naturaleza. Tambien daremos una rápida ojeada sobre la medicina de los antiguos españoles.

Un espacio de diez siglos ha de comprenderse en la época tercera, y durante ese largo período de la edad media no habrá que señalar grandes progresos en la ciencia de preparar medicamentos. Desde Diocleciano, que publicó ya un edicto contra la alquimia, hasta Averroes, será menester seguir á la farmacia, como á todas las ciencias médicas, al través de las sendas oscuras de la ignorancia, del misticismo y de la magia. Sin embargo, durante los siglos IX, X y XI las escuelas árabes de España llegaron al mas alto grado de prosperidad. Los judíos y aun muchos cristianos iban á ellas

á estudiar la medicina que habian separado los sarracenos de la farmacia (á la cual enriquecieron) á imitacion de los Nestorianos y de lo que antes se habia intentado sin duda en la famosa escuela de Alejandría. Dicha separacion, espresada primeramente por los libros santos, fué aceptada en nuestra patria, sobre todo por los valencianos y catalanes, que la practicaron mucho antes que los demás pueblos de Europa. Aecio de Amida, Alejandro de Tralles, Paulo Egineta, Geber, Rasis, Avicena, los Serapiones, los Mesues y Averroes fueron los sugetos mas sobresalientes de esta época.

La *cuarta* abarcará los siglos XIII, XIV y XV. Los nombres mas ilustres que pertenecen á este período son los del rey D. Alonso el Sabio, Francisco Lopez de Villalobos, Rogerio Bacon, Alberto el Grande, Raimundo Lulio, Basilio Valentino, Nicolás Mirepso y Arnaldo de Villanova. La primera parte de esta época hará ver, que la materia médica ó farmacéutica se enriqueció con una multitud de sustancias exóticas aportadas de la India por las Cruzadas, y en toda su estension suministraran á la farmacia diferentes recursos los trabajos de los alquimistas. Por otra parte, el uso del alcohol, la aplicacion de la brújula á la navegacion, la invencion del grabado, de la imprenta y de la pólvora, la construccion de algunos instrumentos ópticos y otros inventos y aplicaciones á cual mas importantes, fueron los precursores del renacimiento de las letras y de las ciencias todas, como asimismo lo fueron la toma de Constantinopla que hizo dueños á los pueblos occidentales de los restos bizantinos, el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, que destruyó la incomunicacion del Oriente y el de la América que ofreció un nuevo mundo de materiales de estudio.

Pedro Benedicto Mateo, farmacéutico español, que dejó escrita una verdadera *Farmacopea* á fines del siglo XV, Fray Antonio Castell, Luis de Oviedo, Lorenzo Perez, Fray Estéban de Villa, abren la *quinta época*, que continúan Demberg, Laguna, Nebrija, Vanhelmont, Boile, Matiolo, Quercetano, Charas, Lemery, Rouelle, Schelle, Baumé y otros muchos hombres célebres á quienes la farmacia y demás ciencias deben los mas felices descubrimientos; es de decir, que este quinto período ha de comprender desde principios del siglo XVI, puede decirse hasta los límites del XVIII, cuando aparecieron los escritos de Carbonell, que coinciden con la propagacion de la química neumática. Los españoles se colocan desde luego en el puesto mas avanzado de los progresos científicos; pero desatendiendo en seguida la observacion para entregarse á las argucias peripatéticas, experimentan en corto tiempo un espantoso retroceso.

Los colegios de farmacéuticos ocuparán un lugar en este período.

Durante la sexta y última época, que se refiere principalmente á nuestro siglo, la farmacia adquiere una perfeccion considerable y una importancia bien merecida. Para tratar de ella conforme es debido, no podremos prescindir.

dir de Lavoisier como el principal promovedor de la química neumática: Carbonell, Fourcroy, Cadet, Parmentier, Mestre, Moreno, Bolós, Bayen, Van Mons, Pelletier, Vauquelin, Chaptal, Yañez y algunos mas ocuparán un lugar muy honorífico en la historia por los numerosos secretos que han arrancado á la naturaleza para enriquecer la ciencia y la industria y para socorrer á la humanidad, en todo lo cual son imitados por sus dignos discípulos y sucesores.

Tales son las divisiones principales que nos proponemos hacer en la presente edicion de nuestra Historia, la cual ha de aparecer tan mejorada respecto á la de 1847 por los numerosos datos ya históricos, ya biográficos, ya bibliográficos que posteriormente hemos adquirido, que la actual puede considerarse como del todo nueva, y así debia ser por otra parte, atendiendo á que el Gobierno de S. M. la Reina, oyó sin duda nuestras reclamaciones y estableció por fin, como necesario para el doctorado, el *estudio de la historia crítico literaria de la Facultad de Farmacia* (1); nosotros pues que habíamos iniciado el pensamiento, hemos procurado llevar nuestros esfuerzos á donde nos lo han permitido nuestros escasos medios, auxiliados por el entusiasmo mas vehemente y por la eficaz cooperacion de varios amigos nacionales y extranjeros, que tendremos ocasion de citar, para secundar en lo posible las miras del Gobierno.

(1) Ley de Instrucción pública de 1857.

PRIMERA ÉPOCA.

CAPÍTULO PRIMERO.

HISTORIA DE LA FARMACIA

EN LOS TIEMPOS FABULOSOS

Y ENTRE

LOS EGIPCIOS, LOS ISRAELITAS, LOS INDIOS Y LOS CHINOS.

§. I.

TIEMPOS FABULOSOS Ó HISTÓRICOS.

Si la historia no habia de contener mas que hechos de tal modo averiguados y positivos, que fuera imposible contestar su exactitud, tal vez seria necesario que renunciásemos á preguntar á los siglos y aun á los tiempos bastante cercanos á los nuestros, por temor de recoger tradiciones infieles ó errores acreditados de una en otra edad. Seria menester sobre todo no pensar en la investigacion del origen de los conocimientos humanos al través de los documentos oscuros y de los datos fabulosos que envuelven la historia de las épocas mas lejanas. Sin embargo, entre el ávido compilador, que se apodera ciegamente de las tradiciones menos probables, de las versiones mas contradictorias, y el escritor tan escrupuloso que pone en duda hasta los hechos mejor averiguados, queda al historiador concienzudo é imparcial un lugar honroso y una tarea útil que desempeñar. Por medio de una crítica juiciosa debe explorar atentamente

los hechos, clasificar con imparcialidad los documentos, que le parecen falsos, dudosos ó incontestables, y marchar con seguridad y buena fé entre el escollo doble del escepticismo y de la credulidad.

Para fijar de un modo casi cierto el origen de la ciencia farmacéutica, no se debiera acaso ascender mas allá de la época en que la reunion de todos los conocimientos médicos adquiridos comenzó á tomar entre los griegos la forma de doctrina científica. Sin embargo, no carece de interés la investigacion de sus primeras huellas en los pueblos, cuya civilizacion precedió á esta época, y que llevaron la cultura de algunas ciencias á tal grado, que aún escita actualmente nuestra admiracion. Por desgracia el velo que cubre los anales de las primeras poblaciones del Oriente y del Egipto apenas permite apreciar algunas verdades al través de las numerosas ficciones que las envuelven. Procuremos, no obstante, echar una mirada retrospectiva y rápida sobre esos tiempos fabulosos, recoger los principales hechos que se refieren á los medicamentos y descubrir en ellos las circunstancias que prepararon el brillante desenvolvimiento que adquirieron las ciencias médicas en la época siguiente.

Seria imposible, durante este primer período, separar la Historia de la Farmacia de la de las otras ramas del arte de curar. El mismo individuo, que instruido por su propia experiencia visitaba la llaga de su amigo doliente y decidía sobre la gravedad del mal, preparaba tambien la cataplasma ó el unguento que debia aliviarla. El arte del farmacéutico se confunde en esta época lo mismo con el del médico que con el del perfumista, que preparaba aceites, unturas aromáticas, y mas tarde entre los egipcios con el arte de embalsamar los cuerpos, porque para los unos, como para los otros oficios, era preciso elegir entre los cuerpos naturales las materias primeras.

Las enfermedades internas, que en su mayor parte son el resultado de los hábitos de la vida social, eran sin duda menos frecuentes en las naciones primitivas. Las afecciones esternas, por el contrario, debian ser mas numerosas, en razon de que la vida errante esponia á mas graves accidentes, de los cuales todavía los hombres no habian aprendido á garantirse. Tambien los pueblos salvajes debieron dedicarse desde luego á curar las heridas, las úlceras, las lesiones esterioreas, antes de pensar en la curacion de las enfermedades, cuya causa y cuya naturaleza eran desconocidas. El tratamiento de las enfermedades interiores fué evidentemente el resultado de una civilizacion mas avanzada, de donde se pudiera concluir, que la cirujía y la farmacia tienen un origen mas antiguo que la medicina propiamente dicha.

Los primeros medicamentos conocidos fueron por consiguiente las aplicaciones de yerbas dulcificantes ó aromáticas, los cuerpos grasos y las de-

caciones vegetales. El reposo, la dieta, las bebidas abundantes, primeros medios, que la naturaleza indica al hombre como á los animales, compusieron desde luego toda la terapéutica de las enfermedades, cuya causa era desconocida. Mas tarde la casualidad y el instinto de los enfermos condujeron sucesivamente al descubrimiento de algunos otros remedios.

Debe darse muy poco crédito á lo que refieren Plinio, Aeliano y Aristóteles con motivo de las operaciones y de los remedios indicados á los hombres por los animales. ¿Sería verdad, que el hombre hubiera aprendido del perro el uso de los vomitivos? ¿Del ibis el de las lavativas? ¿Del hipótamo el empleo de la sangría? Es evidente, por el contrario, que el hombre ha debido observarse á sí mismo antes de observar á los animales, y que el instinto de los enfermos hubo de ofrecer muchas veces indicaciones y enseñanzas mas ciertas y mas naturales. ¿No se sabe, por ejemplo, que las personas atacadas de una fiebre pútrida piden ácidos, que ciertos peces agradan á los leucorráicos, y que la disentería se caracteriza por un apetito particular de uvas? La casualidad nos ha enseñado las propiedades de la quina, del eléboro y de una multitud de medicamentos que enriquecen la materia médica de nuestros dias. La naturaleza por otra parte ha colocado en muchos países los medicamentos ó sustancias mas á propósito para combatir las enfermedades endémicas: así la coclearia cura el escorbuto tan frecuente en el Norte de la Europa; en la América septentrional la *polygala senega* es un antídoto precioso contra la mordedura de la serpiente de cascabel; bajo los trópicos se emplea el zumo de limones y de muchos frutos ácidos en las enfermedades agudas; varios lagartos en el reino de Guatemala curan la lepra, muy comun allí; la cúrcuma suministra á los brasileños un excelente remedio contra el veneno del gecko, y en Schirwan el petróleo se aplica con ventaja á la curacion de las fracturas. Los pueblos menos civilizados poseen una especie de materia médica indígena, cuyos efectos son sorprendentes, y de donde las naciones civilizadas pueden aprovecharse. Véase Sprengel, historia de la medicina, tom. 1.º, sec. 4.ª

Por la imposibilidad en que se hallaban los hombres de esplicar las causas de las enfermedades internas, las atribuian á la venganza de los dioses, como su curacion á la intervencion de alguna divinidad propicia y bienhechora. Se acudia á los sacerdotes para mediadores y consejeros, y así es como por todas partes se hallaron depositados en sus manos los primeros conocimientos médicos, se establecieron junto á los templos, asílos á donde eran trasportados y cuidados los enfermos, y es fácil concebir, que el reposo, el régimen, un ejercicio moderado, los baños, un aire puro y alimentos sanos debian contribuir poderosamente á su restablecimiento, completando la curacion, al parecer, algunas ceremonias místicas y

remedios inocentes indicados por los oráculos. Se hicieron numerosas observaciones sobre la influencia saludable de estos medios naturales, así como sobre la acción de los medicamentos; se grabaron las observaciones en las columnas de los templos, y en tablas votivas espuestas á las miradas del público; mas tarde se recogieron estos numerosos materiales, aunque confusos, y en ellos fundó la escuela de Cos sus juiciosos preceptos y la célebre doctrina que en la actualidad sirve aún de base al edificio de las ciencias médicas.

§. II.

EGIPCIOS.

La historia de la medicina entre los Egipcios, donde se hallan casi siempre los primeros gérmenes de las ciencias, de las artes, y de las instituciones sociales, está tan íntimamente unida á la del sacerdocio, que para apreciar sus progresos en el arte de curar, no se puede menos de dar una ojeada á su mitología. Los antiguos etíopes, cuando llegaron á habitar las riberas del Nilo, fundaron desde luego un culto en favor de este rio, origen de la fertilidad del suelo, que les alimentaba. Supusieron despues que los animales evidentemente útiles ó nocivos para ellos, ejercian de una manera oculta la misma influencia sobre todas sus empresas; así adoraron á la vez ó sucesivamente al buey, al ichneumon, *rata de Faraon*, al ibis, al cocodrilo y al hipopótamo. A medida que avanzaron en civilizacion, su culto se dirigió naturalmente á los hombres, á quienes eran deudores de grandes beneficios. Los primeros que recogieron observaciones sobre las enfermedades y efectuaron curas importantes, fueron igualmente mirados como seres sobrenaturales. El reconocimiento les elevó monumentos y la posteridad los divinizó. Osiris, que les enseñó la agricultura; Isis, su mujer, que cultivó la medicina, y Oro, su hijo, fueron colocados en el rango de los dioses. Trismegisto ó Thaut, á quien los griegos reverenciaron despues bajo el nombre de Hermés, y que habia sido Ministro de Osiris y de Isis, participó con ellos de los honores divinos.

Osiris fué el bienhechor mas considerable del Egipto; enseñó la agricultura, fundó muchas instituciones útiles y se hizo célebre por los viajes largos que emprendió á la Etiopia, á la India y á la Tracia, tambien á España dicen algunos historiadores que vino, pero sin bastante fundamento indudablemente. Todos los escritores antiguos han reconocido la analogía que existe entre las marchas triunfales de Osiris y las de Baco, y lo que puede hacer pensar, que su historia tiene el mismo origen,

haya venido á los griegos por los egipcios, ó á los egipcios por los griegos.

Isis era la mujer, otros dicen la hermana de Osiris, símbolo de la luna, es la que reverenciaron los griegos bajo el nombre de Hecatea: habia resucitado á su hijo *Oro*, y no fué necesario mas para que le reconociesen grandes conocimientos en medicina. Los egipcios le atribuyeron el descubrimiento de gran número de medicamentos, y en tiempo de Galeno llevaban aún su nombre varios.

La palabra *Isis* en fenicio significaba *ciencia, fertilidad*. El nombre de su templo era *Ision*, que significa inteligencia. Se le decia hija de Pronceteo que robó al cielo el fuego divino. Le estaban consagradas las vacas, el antílope, *Antilope Oriæ*, el *sebesten*, *cordia Myxa* ó *Persea*. Se la adornaba en Memphis y en Busiris: se quemaba todos los dias en su templo, por la mañana, una especie de incienso, á medio dia mirra y por la noche el *ciphi* ¹, especie de perfume compuesto de diez y seis sustancias olorosas, en cuya confeccion se habia tenido en cuenta el número cuaternario que pasaba por sagrado.

Oro era hijo de Isis y de Osiris. Su nombre en fenicio significaba *luz*, fué considerado como el génio del sol, y es el que los griegos adoraron despues bajo el nombre de Apolo; habia adquirido de su madre el conocimiento de las enfermedades y el arte de curarlas, y le estaba consagrado el gabilan.

Otras muchas divinidades figuraban en primer rango en la mitología de los egipcios: tales eran Anubis, hijo natural de Osiris, que habia acompañado á su padre en las espediciones lejanas y se habia distinguido por su bravura; se le representaba bajo la figura de un perro, símbolo de la inteligencia y de la fidelidad; Apis, que fué tambien mirado como inventor de la medicina, como el maestro de Esculapio, y á quien se representaba bajo la figura de un buey, símbolo del Nilo y de la fertilidad; Sérapis, cuyo templo se elevaba en Menphs, á quien los griegos del tiempo de Alejandro miraron igualmente como dios de la medicina, y los antiguos historiadores confunden con Pluton; en fin, Mendes, el Esculapio de los egipcios, que acompañó tambien á Osiris en sus viajes y es confundido con Pan, porque éste habia acompañado igualmente á Baco, le estaba consagrado el carnero. Pero una de las divinidades á que atribuian mas poder y conservaban mas reconocimiento los egipcios, era Trismegisto, *tres veces grande*, conocido tambien bajo el nombre de Thaut ó Thoosth,

¹ Segun Plutarco (De Is et Osiv.) el ciphi ó cipheos estaba compuesto de miel de pasas, de juncia, de resina, de mirra, de tribulo (aspalato ó palo de rosa) de séseli, de junco oloroso, de betun, de azafran, de lápató, de dos especies de bayas de enebro, de cardamomo y de cálamo aromático. (Véase el *Journal de pharmacie*, tom. XXVII, pág. 499).

Thaaut, el Hermés de los griegos, el Henoch de los cristianos orientales, que habia sido el Ministro ó mas bien el confidente de Osiris y de Isis, y á quien se atribuia la invencion de las ciencias y de las artes, entre otras la de la escritura: dió leyes á los pueblos del Egipto y arregló las ceremonias religiosas. Era el Hércules de la ciencia, el Mercurio de los egipcios; mas parece evidente que en esta relacion están comprendidos personajes cuyos trabajos y descubrimientos han sido reunidos bajo un mismo nombre ó nombre diferente segun las naciones y las épocas.

Hermés grabó todos los conocimientos que poseia sobre columnas, de donde fueron recogidos por Pitágoras y por Platon y reunidos despues en un libro que fué llamado *Embra Scientia causalitatis*. Este libro contenia cuarenta y dos tratados, seis de los cuales tenian relacion con la medicina y con los medicamentos, y fueron depositados en manos de los sacerdotes egipcios, que en el tratamiento de las enfermedades debian conformarse puntualmente con las reglas establecidas en ellos.

Se confundió tambien á Hermés con Anubis y con Mercurio; se le miró como el maestro de Esculapio. Se pretende que cultivó el olivo el primero, que enseñó á estraer el aceite y el ópio: sus discípulos preparaban una tierra grasa, semejante sin duda á la tierra sellada, propia para disecar las carnes, curar la hidropesía y las hemorroides, Galeno de S. méd. facult., lib. 9, c. 11. En fin, cuando en la escuela de Alejandría nacieron la magia y la alquimia, creyeron dar un carácter mas maravilloso á estas ciencias quiméricas haciéndolas remontar hasta la antigüedad egipcia y atribuyendo su invencion á Hermés. Pero aunque los primeros egipcios poseyeran en metalurgia y en varias artes conocimientos que escitan todavía nuestra admiracion, seria ridículo hacer remontar el origen de la química hasta una época en la que los conocimientos eran solo trasmitidos por la tradicion oral, y en la que apenas se habian dado algunos pasos hácia la civilizacion ¹.

Herodoto y Estrabon aseguran que los indios, los asirios y los caldeos fueron los primeros compositores de remedios. Sin embargo, entre los sacerdotes egipcios es donde se hallan los primeros indicios de un tratamiento científico de las enfermedades, tratamiento que era una especie de práctica misteriosa, de culto tributado á las divinidades del país, en lo cual se contaba mas con las fórmulas mágicas que con la accion de los medicamentos ². Se aplicaban sobre todo á revestir los medios emplea-

¹ La idea de hacer remontar á Hermés el origen de la química, se parece á la pretension de explicar las ficciones de la mitología por la moral, *Fontenelle, de l'orig des fab.*

² A la carta privilegiada de los sacerdotes pertenecian los médicos egipcios. El sumo sacerdote era el primer magistrado despues del Rey; los otros hacian las veces de jueces ó de médicos, aplicándose cada uno á la cura de un solo género de enfermedades: constituian,

dos de un lenguaje alegórico, ininteligible para los no iniciados, y que aumentaba por su oscuridad la fé y la veneracion de los pueblos. En tiempo de Heliodoro existian en lenguaje simbólico muchas obras de historia natural, en las cuales las plantas y los animales se hallaban designados por nombres místicos. Así eran llamados el corcho, *planta de Osiris*, la vervena *lágrimas de Isis*, una especie de lirio *sangre de muerto*, la artemisa *corazon de Bubasto*, el azafran *sangre de Hércules*, la escila *ojo de Tiphon*, etc. Los alquimistas imitaron despues este lenguaje para cubrir del mayor prestigio sus estrañas investigaciones, Plut. de Isid. et Osirid. los medios medicinales de que hablan Herodoto, Diógenes, Laercio y Plutarco, se limitan á la temperatura, el agua de miel, las lavativas, los baños, algunas bebidas purgantes, la dieta, las fricciones, la estremada limpieza. La farmacia consistia entonces en zumos exprimidos, infusiones, decociones, misiones y unguentos aromáticos; entre estos últimos era muy famoso el *perfume de Mendes*, ó sea *ungüento mendesio*, del que hablan Plinio, XIII, 2, y Dioscórides, I, 57: su composicion debia ser muy sencilla, y dice el primero que se complicó añadiendo la resina al aceite balanino, de been, los otros simples serian la canela y la mirra que menciona el segundo, habiendo aumentado posteriormente el *metopio*, aceite de almendras amargas, el onfacio, *omphacium*, aceite de olivas sin madurar, el cardamomo, la juncia, el cálamo aromático, la miel, el vino, los granos del balsamero, *carpobálsamos*, gálvano y trementina.

Herodoto asegura, lib. II, que la medicina se hallaba dividida de tal modo entre los egipcios, que existian alli médicos oculistas ó destinados á curar las enfermedades de los ojos, otros de cabeza, dentistas, ¹ etc. mas parece que los sacerdotes encargados de la medicina se hallaban divididos principalmente en dos clases; los *profetas*, que predecian el término de las enfermedades y los *pastóforos*, que se dedicaban á la práctica

pues, un cuerpo político y docto á la vez, que tenia sus principales colegios en Tebas, Memphis, Heliópolis y Sais.

¹ Un médico no debia ocuparse mas que de una enfermedad, como ya lo hemos manifestado, y de aplicar siempre el mismo remedio, porque si cambiaba el tratamiento legal y moría el enfermo, era castigado con pena de muerte. Los médicos por otra parte eran pagados por el Tesoro público, y segun Diódoro Liculo, I, 81, todo descubrimiento estaba prohibido como un sacrilegio. Degradados despues por la servidumbre, los médicos egipcios habian descendido al rango de charlatanes y no pudieron curar á Dario, como afirma Herodoto, en siete dias, cuando fué curado por el griego Demócedes, H. des sc. n. tom. 1.º, pág. 59.

Demócedes Califontis, médico famoso de Crotona, practicó su ciencia en la isla de Egina, trató á Polícrates, tirano de Samos, y además de haber curado á Dario, curó á su mujer Atosa, hija de Ciro, por lo que todas las mujeres de Dario le colmaron de riquezas y recibió en la corte de este príncipe otras distinciones muy honoríficas, Herod. lib. 3.º

Desde entonces la fama de los médicos de la escuela Crotona, no solo eclipsó la de los egipcios, sino tambien la de los de Cyrene. Suidas atribuye á Demóxedes un libro de medicina, que probablemente no alcanzó al tiempo de Plinio, pues no le menciona.

ó curacion de las enfermedades ordinarias. Los preparadores de medicamentos se hallaban entre estos últimos, y sus medicamentos eran tan sencillos, si hemos de creer á Isócrates, que sin inconveniente pudieran haber servido de alimentos: se sabe, no obstante, que conocian la accion de la escila, contra la hidropesía, del culantrillo, *adianton*, contra la angina. Empleaban le *actites*, piedra del águila, especie de peróxido de hierro aluminoso contra la hidropesía y la timpanitis.

Galeno, de comp. med. sec. gen. lib. V, pretende que antes de Hipócrates los egipcios preparaban unguentos con cobre quemado ¹, litargirio, blanco de plomo y otros óxidos metálicos; el producto llamado *misi* y que era una especie de eflorescencia amarilla formada sobre la calcitis y sin duda se reducía á una mezcla natural de sulfatos de hierro y de cobre; el *sory* sustancia negruzca astringente, nauseabunda, que se hallaba en las minas de cobre de Chipre, probablemente consistía en un bisulfato de cobre. Plinio y Dioscórides dicen que se servían como cáustico de una especie de juncia reducida á cenizas. Conocian el vino de uvas ², el vinagre y la cerbeza cuyo descubrimiento atribuían á Osiris: tampoco desconocian, segun Zosimo, citado por Fourcroy, el arte de la destilacion y algunos aparatos destilatorios.

Los monumentos egipcios han conservado la imágen de algunas plantas que en aquellos pueblos estaban en grande veneracion, tales como el banasco ó higuera de Adan, *Musa Paradisiaca* L., el sebesten ó sebesto, *Cordia Sebestena*, L., el Colcos ó Kulkas, *Arum Colocasia*, la cebolla albarana, *Séilla maritima*, L., el árbol de los mirabolanos qué-bulos, *Laurus Persea* Jacq. ó *Balanites aegiptiaca* Del., y otras muchas, pero la mas célebre era el lotos del Nilo, planta sagrada con la que adornaban la cabeza de Osiris y con la que formaban coronas para la frente de los sacerdotes y de los reyes. Sabido es que muchos pueblos del Africa se alimentaban del fruto de los lotos, lo que habia hecho que recibieran el nombre de *lotófagos*. Como en el dia ninguna planta lleva el nombre de lotos, los naturalistas han procurado descubrir cuál era este vegetal célebre, y aparece que dicha denominacion era comun á diferentes plantas. Mr. Fée, que ha hecho de esto el asunto de una erudita disertacion, *Flore de Virgile*, 80 ó *Journal de pharmacie et des. sc. ace.* tom. VIII, pág. 521 y IX, pág. 25, no cuenta en ella menos de once lotos; pone en el primer rango el *Rhamnus Zizyphus et Lotus* L., despues el *Celtis australis* L., el *Diospyaos*, *Lotus*, el *Arum colocasia* L., los *melilotus officinalis et cerulea*, pero sobre todo los

¹ Lo que ha hecho dar el nombre de unguento egipciaco al compuesto de miel, vinagre y cardenillo, tan comun en las boticas.

² Herodoto dice que les faltaban las viñas, Lib. III, y solo conocian el vino de cebada, cerbeza.

Nymphaea Lotus, caerulea, Nelumbo ó sea *Nelumbium speciosum*, cuyas magníficas flores eran efectivamente el ornato del Nilo y cuyo fruto está compuesto de diferentes almendras de gusto muy agradable.

Por lo comun se atribuyen á los antiguos egipcios conocimientos estensos en química y en el arte de embalsamar á los muertos; conocimientos que tienen numerosas relaciones con la farmacia y que pueden manifestar hasta qué punto ese pueblo estaba adelantado en las ciencias naturales y señaladamente en lo que respecta á la materia farmacéutica ó médica.

Está fuera de duda que los egipcios han aventajado á todos los pueblos predecesores, contemporáneos ó sucesores en el arte de embalsamar. En efecto, no se ven por todas partes mas que despojos, residuos de osamentos y de polvo que presentan las tumbas, al paso que entre ellos se descubren todavía en toda su integridad momias considerables despues de un gran número de siglos por su estado de perfecta conservacion. Se han hecho diferentes investigaciones para descubrir el método que empleaban y que se creia perdido, mientras que sus procedimientos habian sido bastante bien descrito por Herodoto, lib. 11, y por Diódoro Sículo, c. 91, y era bien fácil por médio de la inspeccion atenta de las momias y de los monumentos que las contenian, apreciar los detalles omitidos por los historiadores. Así Herodoto refiere tres modos de embalsamar que solo difieren entre sí por los cuidados observados en la operacion y por la calidad de los ingredientes empleados. Dichos medios consistian generalmente: 1.º en vaciar el cerebro por las narices, mediante un garfio metálico, y los intestinos por una incision practicada cerca de la nalga izquierda; 2.º en lavar las cavidades con vino de palmera y especias diluidas en agua; 3.º en llenar el cráneo de aromas y el abdomen de especias, betun, mirra y otras resinas á escepcion del incienso; 4.º en lavar el cuerpo con una disolucion de *natron*, que penetraba los músculos y todas las partes blandas; 5.º finalmente, en colocar los cuerpos al calor de una estufa para que las materias resinosas se unieran íntinamente á los tejidos y los cadáveres adquirieran un estado de desecacion completa. Entonces los cubrian con una solucion de cierta goma, muy espesa, pero trasparente y con bandas de viso destinadas á preservar todas las partes de la humedad. Herodoto añade, que cuando no se abria el bajo-vientre se hacian salir los intestinos inyectando por el ano trementina ó aceite de cedro, llamada *cedria*, y que para los pobres se usaba un líquido llamado *surmaia*, cuya composicion se ignora. Rouyer, 1814, ha supuesto que la *surmaia* era una solucion de *natron*, que disolvia las vísceras y que despues de vacío el abdomen, es cuando se inyectaba la *cedria* ú otra resina líquida: tambien pudiera ser la *surmaia* algun compuesto de antimonio, porque este metal tiene el nombre de *surmeh* entre los indios y los persas.